

FOTOTIPIAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



La bella Guerrero.

Precio: 10 céntimos.



FLOR DE LOS ALPES, por Juana Román.

Biblioteca Nacional de España

DONATIVO

Fototipias.



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO I

Madrid 29 de Noviembre de 1900

NUM. 1.º

Arte moderno



TRISTE AURORA, por Alicia Ecker

CRÓNICA

Los rotativos siguen llenando columnas y columnas sobre la llegada de Krüger á Europa y el entusiasmo de los franceses hacia la *desaparecida* república, según Chamberlain, y viva y potente según el viejo boer en el cual están fijas las miradas del pueblo europeo.

La mayoría de estos periódicos dan la noticia de la llegada de Krüger como mera información, olvidándose de que en el desventurado anciano están personificadas la libertad y la justicia y que viene á Europa en busca de protección para su patria contra los atropellos de la ambiciosa Inglaterra.

Sólo un periódico ha propuesto algo práctico y noble, en medio del entusiasmo vocinglero: *El Intransigente*, de París. El incansable revolucionario Rochefort ha iniciado en uno de los últimos números de su periódico la idea de abrir una suscripción para el reclutamiento de un ejército que se una al boer en la defensa de la justicia.

También nuestros diarios de gran circulación nos han dado la *lata extranjera*, y ninguno ha concedido á este asunto la importancia que realmente tiene; pero en cambio ha habido correspondencia que se ha mofado de Krüger, del viejo que defiende

hasta el último momento y por todos los medios la integridad del pueblo que representa. ¡Infame sarcasmo...

⊠ Mientras en Francia aclaman á Krüger, en España nos tiramos los trastos á la cabeza en ambas Cá-

maras. No hace nueve días que éstas se abrieron, y ya se ha levantado un acta, tienen varios diputados preparada la caja de los truenos y hasta ha habido alguno que, dando rienda suelta á éstos, ha merecido el aplauso unánime de los que pueden aplaudir: de las minorías.

Este español que todavía tiene entusiasmos por su patria, ha puesto á discusión, con gran disgusto de los *casamenteros*, la tan debatida cuestión de la boda de Su Alteza la Princesa de Asturias, auxiliado por Romero Robledo contra las protestas de la mayoría.

El conde de las Almenas no ha armado aún jaleo, porque se encuen-

tra enfermo... pero ya verán ustedes cómo proporciona al Gobierno más de un disgusto.

Azcárate, interpela:

Romero Robledo espera ocasión propicia para hablar.

Esperemos á la semana entrante para escuchar este terceto.

El hombre del día



D. Francisco Romero Robledo

Saturnino Echalecu.

Tipos españoles

VALENCIA



Huertana en traje de fiesta



Huérfana.

Escultura de E. Marín.

TRISTEZA

Ya no escribo hace tiempo, como escribía cuando el alma, inundada por la alegría, inspiraba á millares dulces canciones, fiel retrato de todas mis ilusiones.

Ya no canto las dichas que hay en la tierra, que un dolor muy profundo mi pecho encierra, y aunque tengo, por cierto, muy pocos años, con su peso me abruma los desengaños.

Ahora son ya mis versos vagos lamentos de un corazón que agobian los sufrimientos; pues si albergó otras veces dulces encantos, hoy ya sólo le queda tristeza y llantos.

En ellos siempre falta la galanura, las frases cadenciosas y la dulzura; la inspiración reciben de un alma herida por las penas que existen en esta vida.

Ya no corro cual antes tras las mujeres que locas me brindaban con sus placeres; hoy busco un amor tierno, puro y divino, cual yo me lo figuro, cual lo imagino.

Ese grato delcete con que he soñado y en el cual mis venturas siempre he cifrado; esa imagen hermosa, bella y ardiente que vaga ante mis ojos constantemente.

Pues aquellos placeres que me halagaron, el corazón y el alma me desgarraron, al verlos destrozados por los engaños en mis más seductores y tiernos años.

Y ahora sufro con calma, como han sufrido todos los que tristezas han conocido; pues si es cierto que existen las alegrías, duran, por lo inconstantes, muy pocos días.

Arturo G. Carraffa.

LA MEJOR CORONA

Llegué á pedir tu mano muy contento, y tu buena mamá me respondió:
—La guardo para un rey; ¡tú eres poeta!—
y enojada la espalda me volvió.

¡Cuán torpe estuvo tu mamá al negarse á realizar la dicha de los dos!
¡A los reyes coronan los humanos,
á los poetas los corona Dios!

Martín Pizarro.

CUENTO

Salud, la mujer de Blas, mala como Belcebú, después de hacer de él un mártir, se escapó con un tal Cruz.

Y ayer Blas, á unos amigos con quienes jugaba al mus, les dijo:—¡Qué bien me encuentro desde que estoy sin Salud!

Pedro J. Solas.



Es verdaderamente asombroso el número de críticos teatrales que padecemos; todos justos, todos imparciales, según su decir, y casi siempre discordes todos respecto á obras y respecto á artistas.

Quién halaga á Zutanita, porque espera por su mediación estrenar un esperpento que él juzga obra maestra; quién se desata en improprios contra Menganito, juzgándolo el mejor camino para llegar al suspirado trimestre.

¿Que un periódico da las boqueadas? Pues no hay más que usar el tono agresivo con todo el mundo y en particular con las cosas de teatro. El vulgo es maliciente, y eso hace vender algunos números más.

¡Misericordia humana!

Venganzas, simpatías, apasionamientos, y algunas veces cuestión de ochavos; he aquí los móviles que suelen impulsar á ciertos críticos de pacotilla; y no es esto decir que no haya algunos, muy pocos, dignos y justos.

Y aquí viene como de perilla recordar lo sucedido á consecuencia del estreno de la zarzuela *Marina*, del maestro Arrieta. La prensa la juzgó mal, el público ni siquiera quiso conocer el nombre de los autores, y aquella maravilla se fué al foso.

¿Por qué? por apasionamientos políticos; pues entonces, como ahora sucede, había críticos que no comprendían el aplaudir á un adversario ni censurar á un amigo, dándoseles del arte un ardite.

Y aquella partitura, que un gran maestro ha calificado de divina y que ahora nos arrebató, dió la vuelta por los teatros de España, siendo frenéticamente aplaudida, y la prensa de provincias se asombraba de la injusticia ó nulidad de los críticos teatrales de la corte en aquella época y los calificaba duramente.

Y por cierto que á los de ésta no les calificará de otra suerte, si repasamos la colección de *La Correspondencia de España*, en lo que va de temporada teatral, hace caso de lo que dice un señor Caramanchel.

Según ese... eradito, nos hemos pasado medio siglo, días más ó menos, aplaudiendo la mar de obras teatrales, sin

caer en la cuenta de que lo que celebrábamos no tenía sentido común, ni había por dónde cogerlo.

Y no sólo eso, sino que nuestros padres eran tan negados, tan faltos de cacímen y tan poco entendidos en dramática, que el trabajo de un solo artista, de D. José Valero, por ejemplo, nos hacía tomar por obras admirables un sinnúmero de *esperpentos*, tales como *Guzmán el Bueno*, *Sullivan*, *La muerte civil*, etc., etc., y que según el descubrimiento hecho por ese señor, no eran más que un hatajo de *mamarrachos*...

¡Y pensar que el público ha venido aplaudiendo esas obras durante tantos años, sin caer en la cuenta de lo malas que eran, hasta que ese crítico nos lo ha advertido, haciendo gala de una *erudición* y un *conocimiento escénico* á que no nos tenían acostumbrados Larra ni Revilla!

¿Pues qué diría ese Caramanchel ó Caramanchón si conociera las obras de uno que firma con el pseudónimo *Catarineu*, y que escribe versos como los siguientes, que son algo peor que malos?

«UNA MIRADA

En pintado jarrón de porcelana
tumba buscaba la espirante flor,
y un día, al despertar de la mañana,
murió la pobre saludando al sol.

Del sol ardiente fugitivo rayo
nueva vida le dió,
pues volviendo la flor de su desmayo
radiante se mostró.

Encerrado en la cárcel de mi pecho
moribundo yacía el corazón,
y una mirada tuya
la vida le volvió.»

Lo que es como ese señor Caramanchel la emprendiera con *Catarineu*, no se contentaba con lo que dijo de él un periódico que tiene mucha gracia:

«Vaya unos vates que Dios nos ha *dau*,
Catarineu y Melchor de Palau,
racataplau»,

sino que no le dejaba hueso sano; sin hacerse cargo de que el pobrete debe de ser



Teatro de la Princesa.

LA CORTE DE NAPOLEÓN

Con mayor éxito si cabe que el obtenido cuando se estrenó, se ha puesto en el teatro de la Princesa la *reprise* de la celebrada obra de Victoriano Sardou, adaptada á la escena española por Ceferino Palencia, y en la que María Tubau se muestra la eminencia de siempre; sencilla en unas situaciones, dramática en otras; genial siempre; con esa naturalidad que maravilla y que la ha conquistado la envidiable reputación de primera de nuestras actrices.

Si la Tubau ó la María Guerrero declamasen en un idioma que no comprendiera el cincuenta por ciento de los que las oyen, entonces se apreciaría como es debido el secreto que poseen de trasladar al rostro los afectos que debieran sentir los personajes á que dan vida.

Pero ¿á qué cansarnos en interpretar lo que expresa su movable y hermosa fisonomía? ¿A qué sorprender una mirada que ha de revelarnos el secreto de un tierno sentimiento, de un horror sin límites, de una pasión mal contenida, si llega antes á nuestro oído en el idioma que nos es familiar?

Quédese esto para esas artistas á quienes no entendemos más que medianamente, y sin cuya mimica nos quedaríamos *in albis* la mayor parte de las veces.

La vivida expresión en el gesto, la voz y el ademán, los posee María Tubau á la perfección, sin que tenga nada que envidiar á renombradas eminencias extranjeras; y sin embargo, á ninguna de nuestras actrices se han dedicado las encomiásticas frases que hablando de la Duse hemos venido leyendo durante más de un mes, y creemos tan injusta la exuberancia como la preterición.

¡Misterios de contaduría!

Respecto á indumentaria, la Princesa continúa siendo el primero de nuestros teatros. Como muestra de la perfección y riqueza con que se ha vestido la obra de Sardou, damos en esta página tres de los trajes que María Tubau luce en *La corte de Napoleón*, y que contribuyen á realizar su esbelta figura.

No es éste lugar ni tiempo de examinar la labor de los demás artistas de la Princesa, de quienes desearíamos poder decir otro tanto que de su primera figura.

En otro número hablaremos detenidamente.

algún currinche-versorizonte, que está tan lejos de Gil y Zárate como Julio Ruiz del obispado de Trajanópolis.

Es cosa de felicitar á *La Correspondencia de España* por la adquisición hecha; porque Caramanchel es un crítico de una pieza, y levanta roncha con sus acerbas y fundamentadas censuras...

Y no se crea que es uno de esos Aristarcos que dicen: «Fulano es malo... por que sí.» ¡No, señor! Suprime la razón de los tontos y se contenta con decir: «Fulano, es malo»; y hay que convencerse, porque lo dice Caramanchel, y basta.

A este propósito recordamos unos párrafos, que allá por el año 1858 escribió D. Vicente Bastús, que presentía, sin duda, á éste y otros Caramancheles.

Dicen así:

«Sin entrar en la cuestión de si la crítica teatral es lo más fácil ó lo más difícil, según la competencia ó incompetencia de quien la ejerce, y la mayor ó menor probabilidad de ser refutada, nosotros atribuímos mucha parte del atraso de los actores á la manera como se procede en las censuras ó críticas dramáticas.

»Por lo común, se encarga este *negociado*—en lenguaje burocrático—á escritores bisonños, noveles en el arte; al último oficial, en fin, y á veces á un temporero de la redacción. Lo que de este empleado se puede esperar no hay necesidad de decirlo, ni debe tampoco extrañarse.

»Por otra parte, el teatro tiene un no sé qué inexplicable que parece brinda á los jóvenes á escribir de sus cosas, y de aquí que son muchos los que en sus primeros años se creen, no sólo idóneos, sino hasta predestinados para legisladores ó licurios dramáticos; y escritor que no ha tomado aún la investidura de gacetillero, no titubea en escribir magistralmente, y cual otro Jonisni, de estrategia teatral, y acomete á la histriónica sin dejar títere con cabeza, pero sin fundamentar sus censuras y haciendo uso de frases ampulosas que la mayor parte de las veces, ó no dicen nada, ó sirven de bien poco para la instrucción de los actores á quienes intenta corregir.

»La ejecución de la comedia—dicen—dejó mucho que desear; el protagonista no comprendió su papel, y mucho menos comprendió el suyo el barba; acercóse algún tanto á la verdad la dama, pero ni aun así nos satisfizo. El resto de la compañía, mal, como siempre.

»Y nosotros preguntamos al crítico: ¿De qué modo habían de conducirse esos señores para satisfacer á su señoría? ¿Cree que basta decir que un actor es malo para que se enmiende... de lo que no sabe que hace mal, pues de otra suerte no lo haría? ¿Les queda acaso á esos desventurados, después de esa crítica vaga é indefinida, otro recurso que reirse en las barbas del crítico ó pegarse un tiro?

»Imposible que con esas generalidades se consiga algo beneficioso para el arte escénico.»

¿Se va enterando Caramanchel? ¿SÍ? Pues voy á terminar:

«Por qué en lugar de esos fallos ligeros é inmotivados no se ocupan los escritores

en señalar los defectos de cada uno, en describir lo que deben ser los tipos que representan, razonando sus juicios y no dando palos de ciego?»

O al bueno de Caramanchel le pone la amistad una venda en sus ojos de crítico, ó no entiende una palabra de lo que trae entre manos; porque mire usted que echar de menos á la Ortega... como actriz, es un colmo.

Y no crea ese... señor que me constituyo en paladín de la gente de teatro; nada menos que eso; pero me duele verles traídos y llevados por quien, sin demostrar el fundamento de sus censuras, reparte mandobles á diestro y siniestro por puro capricho... ó por otra cosa peor.

Una teoría sienta Caramanchel, que nos parece por demás peregrina. Dice, y lo repite hasta la saciedad, «que al censurar á los autores y actores no lo hace en sus personas, sino en su trabajo, y que no ve la razón de que se ofendan.»

¿Cree Caramanchel que el decirle á uno que es un animal no es inferirle una ofensa? ¿Qué idea tendrá ese Cara... manchel del levantado sentimiento que se llama amor propio?

¿Es que á Caramanchel no le ofende que le digan mal poeta, peor prosista y pésimo crítico? ¿No? Pues allá él con su modernista *sans façon*.

Nosotros creemos que el que ejecuta un trabajo pone en su desempeño lo que hemos dado en llamar *honrilla*, si quiere ganar legítimamente el pan que ese trabajo le produce. Si lo hace mal, será obra de caridad enseñarle á corregir los defectos en que incurra, y entonces el público imparcial podrá juzgar del trabajo y de la crítica. Rehúsar ese trabajo sólo *por que sí*, es un insulto, y muchas veces un crimen.

El gran Revilla—y no vaya Caramanchel á figurarse que es comparación,—razonaba sus críticas; y aun cuando se equivocaba alguna vez, escribía según su honrada apreciación, y esto bastaba para que se respetasen hasta sus errores.

Y basta por hoy de crítico y de Caramanchel en sus dos naturalezas, que no dudamos las tendrá, cuando intenta imponérselas á los actores contra quienes la emprende por sistema.

Del día 24.—Los que tienen la envidiable honra—habla Caramanchel—de hablar con la Duse, decían que se quejaba de frío—primer acto de *Fedora*,—y ésta fué una razón más para que todos nos esforzáramos en demostrar nuestra respetuosa simpatía á la artista incomparable.»

Eso digo yo, Sr. Caramanchón: ¡¡¡Incomparable!!!

¡O temporaló *suberis!* ¡Incomparablemente cursi!

Nota bene.—En la propia *Correspondencia de España* dice un señor F. L. (sucesor), que el barítono Sr. Capsir abusa del *sonsoniche!*

¡¡SONSONICHE!!

Quienes debieran usar y aun abusar de él son esos críticos de nuevo cuño, que no han visto el Diccionario por el forro. ¡Cuánto se lo agradecería el buen sentido!

El avisador.

Un verdadero éxito.



tiempo, teme la crítica de las vecinas. Ella es joven y hermosa, y oculta á un hombre en su habitación. ¿Quién sabe si sus sentimientos caritativos serán el primer jirón que la crítica haga en el manto de su honra?

Cuando expone estos temores al herido, éste, agradecido á la obrera y tratando de calmar sus dudas, le dice: No importa que el vulgo te condene; no importa que menoscabe tu honra la crítica; lo que sí importa es que yo me cure, que sane de mi herida, y entonces... ¡ah!... entonces quedarás compensada con creces; es decir,

la crítica no podrá cebarse en tí, porque para cuando quiera hacerlo serás mi esposa.

La obrera mira la pálida cara del herido, y llena de satisfacción exclama:—Dichosa mil veces la hora en que te conocí; yo, pobre obrera, no he escuchado de nadie palabras de cariño hasta que tú me las dijistes; mis padres no me las prodigaron, el mundo me miró con desprecio y sólo tuvo para mí tristezas, pues no se ha ocupado más que en hacerme sufrir; tú sólo eres quien me ha hecho feliz por un momento. ¡Qué hermoso es el verse querida cuando no se conoció el cariño!...

El público sigue con interés la trama de la obra, el entusiasmo crece y nadie duda que el éxito va á ser franco y espontáneo.

El desenlace es hermoso, y el público, entre aclamaciones, aplausos y bravos hace salir al autor á escena varias veces.

Los espectadores forman corrillos en los pasillos del teatro enalteciendo los nobles sentimientos del autor, la forma literaria y la gallarda manera de ponerlos en escena con tanta verdad y en tan sencillo argumento.

Una vez terminada la representación, y cuando el autor recibe felicitaciones de actores y amigos, atropellando á los porteros del escenario, aparece ante él una mujer llevando en sus brazos una niña, y con ademán descompuesto le dice mos-

LA sala del teatro está completamente llena de un público escogido, severo; público que va dispuesto á juzgar el trabajo literario de un hombre que emborronando cuartillas ha trasladado á la escena un cuadro de la vida real.

Los abonados que han visto los ensayos hablan con entusiasmo del autor: es un hombre que siente muy hondo, dicen; y dicen verdad, porque en lo más hondo de su conciencia siente el autor renacer los remordimientos de su pasado.

El sexteto toca una preciosa tanda de vales, suena el timbre, se levanta el telón y aparece á la vista del espectador una habitación modestamente amueblada y una joven que cuida con cariño maternal á un herido que pidió amparo en aquella casa, un ser desgraciado que dejándose llevar por la fuerza de su juventud luchó por un ideal, como lucha un fanático, y al sentirse herido buscó refugio en aquella pobre morada donde vivían seres de la clase que con tanto amor defendía.

Los dos personajes sostienen animado diálogo; ella, honrada obrera, cura al revolucionario, lo oculta, cree un deber sagrado asistir al que defendió con las armas en la mano, hasta caer herido, los derechos del menesteroso; pero al mismo

FOTOTIPIAS

trándosela:—;Hípócrita! ¡He aquí la realidad de tu drama de deshonra! ¡Contéplala!

Y cuando sin duda iba á salir de la boca de aquella mujer la confesión de un crimen, le faltaron las fuerzas, dió un grito y cayó desplomada presa de un accidente convulsivo.

Los amigos del autor recogen del suelo á la niña, y todos se hacen lenguas del parecido de aquella criatura con el héroe de la noche.

Vuelta en sí la madre gracias á los cuidados que la gente que presencié la escena hubo de prodigarla, busca á su hija,

la estrecha contra su corazón y dirigiéndose á los que la rodean dice mostrando aquel pedazo de sus entrañas:—¡He aquí la obra de ese infame!

Al día siguiente la prensa se ocupa del éxito por dicha obra alcanzado, y dice:

«No se podía esperar otra cosa de un autor que ha rendido siempre culto al honor, á la verdad y á la justicia, por cuyo motivo escribe con elegante sencillez, trasladando á las cuartillas los impulsos de su corazón.»

T. Osácar.

FOTOTIPIAS

saluda á sus compañeros de Madrid y provincias, con los cuales viene á compartir goces y penalidades.

REFLEXIONES DE UN ZAPATERO DE PORTAL

La del cuarto.

¡Las botas de la Concha
la cigarrera!
¿Que la ponga tacones?
¡Pa mí que nieva!

La del tercero.

La Florencia es muy bonita,
pero tiene mala suerte.
¡Qué botas! La pobrecita
pisa con el contrafuerte.

La del segundo.

Me debe Salomé
un duro como un sol,
y luego, cosa usted
botinas de charol.

Del principal.

Del principal anoche
me han encargado
pelas y medias suelas
pa un diputado.

Manuel Paso.



EL MEDIO AMBIENTE

Dos presuntos galenos
se licenciaron
después de mil sudores
y perrerías,
pues no sé cuantos años
les reprobaron...
pero eso pasa casi
todos los días.

[De los dos, en la corte
quedó uno hijo
porque le protegieron
buenos padrinos;
salió el otro *pitando*
para el Bodrijo,
que es un pueblo de ciento
treinta vecinos.

Al mes, el del partido
triste escribía:
—¡Chico, esto es insoportable!
¡No hay más!... ¡Me largo!
Si pasará aquí un año
me moriría,
pues la gente es tan bestia
que ni de encargo!

Al año entero: —¡Chico!
Ya es otra cosa,
y yo de día en día
lo voy notando.
No es la gente tan zafia
ni tan chismosa.
Es raro, ¡mas se han ido
civilizando.

El de aquí le contesta:
—De lo expresado
en tus distintas cartas
he deducido,
que no es que se hayan ellos
civilizado,
¡sino que su contacto
te ha embrutecido!

Todos del medio ambiente
que respiramos
solemos saturarnos,
es evidente.
Según sean aquellos
con que tratamos,
que así somos nosotros
dirá la gente.

Alfredo Pallardó.

BIBLIOGRAFÍA

Entre naranjos.

Con este título acaba de publicar D. Vicente Blasco Ibáñez una preciosa novela de costumbres contemporáneas, que abarca, desde los manejos del caciquismo en las poblaciones rurales de Levante, hasta la vida parlamentaria y política en el Congreso de los Diputados y en los centros oficiales de Madrid; en dicha novela describe Blasco, con sin par gallardía, igual la existencia tranquila y apacible de la aldea valenciana, que la animada y ruidosa de la población italiana que pulula en torno del teatro de la Scala de Milán.

El autor de *La barraca*, que hasta ahora se dedicó a la pintura de las costumbres de la encantadora región en que nació, emprende en su nueva, *Entre naranjos*, la de la vida cosmopolita; y con igual fortuna describe los huertos de naranjos en la ribera que fecunda el Júcar y las animadas escenas de los mercados de aquella comarca, que los debates de presupuestos en la Cámara popular y las aventuras de la cantante que recorre el mundo deslumbrando con los destellos de su genio y avasallando con el poder de su hermosura.

Nuestro deseo sería dar a conocer algún capítulo de la novela del maestro Blasco, pero las dimensiones de nuestro periódico nos lo impide.

Sólo podemos decir de *Entre naranjos* que es una joya de las letras contemporáneas y merece leerse por los amantes de la buena literatura.



Pescador de caña.

Fototipias.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

SE PUBLICARÁ TODOS LOS JUEVES

Redacción y Administración: Espiritu Santo, 18, bajo. Madrid.

Número suelto: 10 céntimos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre, 1,25 pesetas; año, 4,50 pesetas.

Provincias y Portugal: trimestre, 1,50 pesetas; año, 5,50 pesetas.

Extranjero: semestre, 5 francos; año, 10 francos.

Nota. El pago será adelantado; las suscripciones comenzarán á contarse desde primero de mes, no admitiéndose éstas por menos de un trimestre.

TALLER DE FOTOGRAFADO DE PABLO SANTAMARÍA

Clavel, 1. — Madrid.

Especialidad en tricolores y cuat-icolores.

LA ELEGANCIA EN EL TRATO SOCIAL
REGLAS DE ETIQUETA Y CORTESÍA
POR LA

VIZCONDESA BESTARD DE LA TORRE

4.^a edición notablemente aumentada.

7 pesetas en todas las librerías de España.

Tipografía Moderna

Calle del Espiritu Santo, núm. 18. — Madrid.

Gusto artístico, inmejorable impresión, corrección esmerada, formalidad en el cumplimiento de los compromisos contraídos y economía en los precios, son las condiciones que posee esta casa; ventajas que obligan al público á honrarla con sus encargos.

Máquinas sistema Albert, las mejores para la impresión de grabados. — Especialidad en la tirada en colores: cromotipia.



PEDITA SEVILLA, del Salón de Actualidades.



INVIERNO

Biblioteca Nacional de España